



FAMIPED

Familias, Pediatras y Adolescentes en la Red. Mejores padres, mejores hijos.

El juego infantil como antecedente de la vocación

Autor/es: M^a Ángeles del Castillo Aguas.
[Volumen 5. N^o3. Septiembre 2012](#) [1]

Ya a principios del siglo XX, Freud aludió a la importancia del juego infantil como un antecedente clave en la construcción de la vocación. Efectivamente, en muchas ocasiones, los juegos de los niños nos dan pistas muy claras de su futura profesión. Así, evocando mi infancia, he recordado un juego en particular que, tal vez, fue la primera manifestación de una temprana vocación en dos de mis hermanos: el hospital.

Entonces éramos nada menos que seis hermanos, y teníamos la enorme suerte de contar en nuestra casa con un cuarto para nosotros: “el cuarto de los juguetes”; lógicamente, era difícil que nos pusiéramos de acuerdo para jugar todos juntos, salvo cuando decidíamos jugar a los “médicos”, y montábamos una especie de hospital incluso donde colocábamos en fila a todos los muñecos mutilados.

Mi hermana pequeña, de natural más dura que el resto, y mis dos hermanos chicos eran los encargados de desnudar a los muñecos y hacer la carnicería previa para que pudiéramos jugar a ser médicos. Desmembraban sin piedad a los pobres muñecos, arrancaban brazos, piernas y... sí, sí, incluso... (me horripila decirlo)... ¡cabezas! En un montón se apilaban todas las extremidades y cabezas, que, indiscriminada y cruelmente, les habían sido arrancadas, y entonces empezaba el juego.

La ambulancia que mi hermano pequeño conducía no paraba de sonar por el interminable pasillo de la casa... “¡Niiiiiii, noooooo, niiiiii, noooooo!” “¡Este muñeco acaba de tener un accidente y ha perdido una pierna! ¡Rápido, está muy malito!”, “Nancy se ha caído por las escaleras y creo que se ha roto los dos brazos...” gritaba nervioso mi hermano. Se activaba entonces el protocolo de urgencias: la doctora, mi hermana mayor, valoraba el alcance de los daños del accidentado y derivaba al paciente a la sección general, donde se hacían curas de poca relevancia (con unos polvos de azo y un trocito de esparadrápalo era suficiente), o, si la gravedad lo requería, era trasladado directamente a quirófano, donde, afortunadamente, todo tenía arreglo.

Contábamos entonces (tal vez fuimos pioneros) con un Servicio de... ¿cómo llamarlo...? con un “Servicio de Electromedicina”; sí, creo que el término se ajusta al tipo de medicina que practicaba mi hermano mayor. Él era el encargado de curar a los muñecos que venían con alguna afección o trastorno eléctrico o mecánico; el Nenuco que padecía enuresis nocturna, o aquella muñeca que tenía ruidos cardiacos e intestinales a la vez y no dejaba de sonar nunca; aunque él era especialista en curar problemas eléctricos, como aquella vez que consiguió que mi

muñeca preferida volviera a hablar y me dijera: "Mamá, te quiero mucho". Con seguridad y decisión, abría la tapita de la espalda de los muñecos, les quitaba la pila, y con su bisturí "especial" (un destornillador pequeñito), desmontaba todo el mecanismo en busca del fallo de conexión, revisaba el disco (algunos muñecos llevaban una especie de disco de vinilo muy, muy pequeñito), comprobaba que el motor funcionara correctamente... Me quedaba atónita observándole en su trabajo meticuloso y preciso, como el de un neurocirujano. Con los años, mi hermano mayor amplió sus conocimientos al respecto y se convirtió en un magnífico ingeniero de telecomunicaciones..., siempre con su bisturí especial en el bolsillo.

Sin embargo, a pesar de su aparente sencillez, jugar a los médicos no era tan fácil, al menos para mí. Yo, enfermera de apenas cinco años, apretaba y apretaba para que el brazo entrara en el agujero de ese bebé rebelde que no se dejaba curar. Al final, venía mi hermana mayor, a la que ya se le intuía la vocación, y me daba una clase básica, muy básica, de anatomía: "Mira, si el brazo es más grande que el agujero, es que ese bracito no es de este muñeco", me decía con infinita paciencia, y revolvía con seguridad y cara resabiada en el montón de las extremidades hasta dar con el brazo de aquel maldito muñeco al que momentos antes me había visto obligada a aplicar un correctivo en forma de azotes por no portarse bien... mientras intentaba implantarle el brazo. Entonces, con gran habilidad, mi hermana introducía el brazo en el agujero del muñeco, lo giraba adelante y atrás y... ¡alehop!, ya estaba curado y recibía oficialmente el alta médica. He de decir que, cuando pasaban por sus manos, a los pacientes incluso les cambiaba el color; parecían más sonrosados y sanos.

La labor médica de mi hermana fue siempre buena, aunque, en alguna ocasión, los pacientes mostraban una sospechosa diferencia de color entre los bracitos... Sin embargo, ahora que ella es una estupenda pediatra, creo que esto ya no le pasa... creo.